

REVISTA
DE
UNIVERSIDAD CATÓLICA DEL PERÚ

Tomo IX

Lima, Julio-Agosto de 1940

Número 4-

REFLEXIONES SOBRE LA REFORMA DE LA ENSEÑANZA

Por GUILLERMO HOYOS OSORES

Ultimamente se ha constituido una comisión encargada de proponer una reforma integral de la Enseñanza. La magnitud de un problema cuya solución buena o mala influirá decisivamente en el porvenir del Perú, debe provocar en la gente universitaria una atención apasionada, e inducir a debatir públicamente los muchos y complejos aspectos del asunto. No se trata sólo de simples temas de pedagogía, sino de esta cuestión profunda y grave: ¿cómo dar a un pueblo compuesto de elementos heterogéneos la conciencia de su unidad espiritual? ¿Cómo enseñar a millones de peruanos que dispersos en un inmenso territorio llevan existencia puramente vegetativa, y gran parte de los cuales ignora el castellano, a vivir con higiene, a sentir la patria, a entender la verdad religiosa, a experimentar curiosidad por las cosas que están más allá de su lugar y a tener otros deseos que los simplemente reproductivos y nutricios? Y además, ¿cómo ha de educarse la clase directora?

Los documentos oficiales publicados por los diarios se han referido con cierta amplitud a la enseñanza primaria y de manera más suscita a la media y superior. Se prepara, con acierto, una simplificación de los programas, pues los actuales recargan las mentes infantiles con nociones abstractas que no pueden todavía asimilar, mutilan la capacidad de observación, crean hábitos mentales viciosos y fomentan desde la escuela la tendencia — (que más tarde se acentúa con exceso en los planteles de instrucción secundaria) — a las profe-

siones llamadas liberales. La reforma en proyecto corregirá estos defectos de suerte que la juventud se oriente hacia los estudios técnicos o los trabajos de la agricultura o la industria.

Todo esto es plausible y producirá los mejores frutos si se evita el error del "practicismo" excesivo, que en el Perú ha causado tantos o mayores daños que la instrucción académica y libresca. Una buena reforma de nuestro sistema de Enseñanza debe tener en cuenta que ésta tiene dos defectos capitales: 1º, alista muy mal a los jóvenes para la acción y los empuja a la burocracia y las profesiones liberales, permitiendo el acceso a ellas de gente sin la capacidad indispensable; y 2º, les inspira un culto excesivo y grosero por esa misma "vida práctica" para la cual los prepara de un modo tan imperfecto. Es decir, que ni les enseña a observar lo real con atención despierta, ni estimula tampoco la facultad de superar sus límites. La gran mayoría de los estudiantes sale de las escuelas y colegios sin aquellos conocimientos que le serán indispensables para vivir en sociedad y sacar partido de la naturaleza; pero en el curso de su vida escolar no ha encontrado tampoco nada que estimule su fantasía y su deseo de perfección, o que le enseñe el sentido heroico y religioso de la existencia. Y este es entre todos los males el mayor y el que pide más urgentemente remedio. Cuando Platón aconsejaba a los jóvenes que concibieran hermosos sueños y luego procurasen realizarlos, daba la fórmula pedagógica por excelencia.

Si observamos un poco a nuestro pueblo, desde las altas clases hasta las más humildes, comprobaremos los resultados funestos de esa educación materialista: un ansia frenética de goce y un culto idólatrico por el dinero. Ahora bien, ese deseo furioso de los bienes materiales no es sino la exageración viciosa de un impulso vital que sería fecundo si estuviera regido por elementos de un orden superior. Un pueblo que se crea continuamente necesidades nuevas rompe los moldes de la rutina, vive en permanente ejercicio y puede enriquecerse y progresar. Pero la fuerza que lo empuja es "telúrica" —para emplear la conocida expresión de Keyserling— y su acción será negativa si no la rige el Espíritu.

Todos los días comprobamos que el admirable progreso material del país no está en relación con un adelanto igualmente notable en el orden de la Cultura y de la Ética. Hubo una época en que el Perú era famoso en América como centro de vida noble y elevada. Aun

después, cuando ya se había iniciado nuestra decadencia política y la vida pública estaba plagada de vicios, florecían algunas bellas virtudes que están ya a punto de desaparecer. Se tenía el cuidado de las formas, se cultivaba la cortesía, se estimaban en mucho los valores morales y se rendía a la mujer un culto caballeresco. Ahora se ve algo completamente distinto. Hasta en las clases altas los modales han perdido finura, el lenguaje se carga de giros y expresiones bárbaros, y el trato entre los sexos no es ya gentil y galante como antaño. Resulta cada vez más raro que alguien ceda su asiento en el tranvía a una señora. Los estudios desinteresados atraen poquísimos. Los ricos mandan edificar casas amplias y confortables, rodeadas de parques y provistas de aparatos eléctricos, piscinas y campos de "sport"; lo cual es desde luego satisfactorio y revela un progreso evidente. Pero por desgracia son muy pocos los que emplean su dinero en aquellas cosas que ennoblecen el lujo con las formas exquisitas del arte. Es verdad que se trata de un fenómeno universal y que, como decía Spengler, "la época toda se ha vuelto ordinaria". Mas, como aquí los valores espirituales no tienen la base de una cultura milenaria, la acción deletérea del materialismo se ha extendido sin encontrar apenas resistencia a la sociedad entera. Hasta la inquietud juvenil ha tenido impreso en los últimos tiempos su sello abominable: la única mística que ha logrado adeptos ardientes y entusiastas ha sido la de Marx.

Es, pues, indispensable dar a la Enseñanza un sentido espiritualista que se concilia muy bien con la necesidad de adiestrar mejor a la juventud para la vida. Así, por ejemplo, la saludable innovación que establece el aprendizaje obligatorio de determinadas artes manuales, no debe limitarse al conocimiento útil de una habilidad que puede servir a todos en la práctica e inducir a algunos a seguir un oficio de esa naturaleza. Es necesario acentuar también su carácter moral. Cuando los niños de las clases ricas y medias adquieran destreza en labores manuales, aprenderán a estimarlas, a comprender mejor el trabajo de la gente humilde y a sentir su fraternidad con esta última. No basta con enseñar el modo de hacer las cosas: debe además procurarse que el alumno sienta el deleite de la obra misma y el amor al oficio, que fué la gloria de la antigua artesanía.

Una de las mayores calamidades de nuestra época es la del trabajo impersonal de fines estrictamente utilitarios, que hace del hombre un simple agente de la producción sin dejarle que ponga en la obra un adarme de su espíritu, de su gusto o de su fantasía. Se hacen las cosas sin interesarse en la faena, para venderlas o para ganar un jornal; y cuando mejora la calidad del producto, es que ha intervenido la técnica a fin de conquistar nuevos mercados o de competir victoriosamente con una empresa rival. El hombre emplea los brazos o la inteligencia, pero no proyecta en lo que hace su personalidad, ni le imprime el sello de su alma. De allí la idea sacrilega y abominable de que el trabajo es una mercancía, y el hombre un ente económico, y la vida espiritual un "epifenómeno".

Antes de la era industrial cada oficio era un "arte", como entonces le llamaban, y el artesano era en cierto modo un artista que aprendía su oficio cuidadosamente y lo practicaba con esmero y deleite; mientras que el artista (orífice, grabador, pintor) se consideraba sin desdoro un menestral. En el hermoso cuento de Guillermo Amadeo Hoffmann, "El tonelero de Nuremberg", un maestro de taller expresa de este modo el orgullo de su humilde oficio: "¿Se piensa acaso que basta con apretar los aros sobre el tonel para que éste se encuentre terminado? ¿No hay acaso que calcular y medir por todas sus partes la madera? Necesitamos ser matemáticos y físicos para observar las proporciones deseadas. Les juro que mi corazón se llena de regocijo cuando monto una hermosa pieza, con duelas bien preparadas con la doladera, y retumban los mazasos con alegre cadencia sobre los apretadores. Y siento un poco de orgullo cuando veo acabada la pipa y cojo la gubia para poner en ella mi marca, la cual, puedo decirlo, es conocida y estimada de todos". En la gloriosa ciudad de Alberto Durero sentían el gusto y el amor de su oficio desde los maestros cantores y los artistas que cincelaban primorosamente el oro y los diamantes, hasta los más humildes artesanos.

La "despersonalización" del trabajo es una consecuencia fatal del progreso mecánico, que sólo encontrará remedio si alguna vez el hombre llega a ser el amo de la máquina, en vez del esclavo, y el regulador de los fenómenos sociales, y no su juguete, como en la actualidad sucede. Pero mientras tanto es posible, y además indispensable, que la educación defienda la personalidad humana y la

estimule por todos los medios eficaces. La escuela debe enseñar al niño el arte de trabajar con amor y primor, de suerte que más tarde, aunque se encuentre confundido en el proceso anónimo de la producción, comprenda el sentido humano del trabajo y no se deje convertir en un simple tornillo de la máquina económica. Tal vez el arte manual aprendido en la escuela le sirva entonces de recreo tras las fatigas de una labor ingrata, como sus habilidades de cerrajero distraían al pobre Luis XVI de los disgustos que le daba su oficio de rey.

No corresponde a la índole de este artículo, ni cabe dentro de sus límites, un estudio de los diversos aspectos que presenta el problema de la Enseñanza en el Perú. Lo que ahora escribo es un comentario de carácter general, cuyo fin verdadero es pedir a los intelectuales y profesores que expresen su opinión y den luces sobre la reforma en proyecto. Sin embargo, quiero referirme, aunque sea de modo sucinto, a la cuestión del idioma, y al sentido que debe tener la Enseñanza media y superior.

Según parece se proyecta dar instrucción a los indios en lengua quechua o aimará, lo cual se justifica en apariencia por el hecho de que gran parte de la población indígena ignora el español o lo comprende muy mal. Pero justamente esa circunstancia desgraciada, que levanta un obstáculo enorme entre millones de aborígenes y el resto del pueblo peruano, exige que la instrucción de los indios comience por el aprendizaje de la lengua castellana. Antes de instruirlos en el cálculo, en la geografía o en la historia, hay que enseñarles español, a fin de incorporarlos a la vida nacional; y con el aprendizaje de nuestro idioma empezará también el proceso civilizador. El quechua y el aimará son lenguas de conversación, insuficientemente desarrolladas, y que no pueden nunca servir como instrumentos de cultura. Por consiguiente, una vez que los niños aborígenes hayan aprendido bien el castellano, debe continuarse la enseñanza en este último idioma, pues importa mucho que aquellos lo incorporen a su vida cotidiana en vez de estudiarlo como una simple asignatura. Además, aun en el caso de que pudieran usarse eficazmente las lenguas indias para la Enseñanza, su empleo mantendría a la masa aborígen ya instruída tan al margen de la nacionalidad como lo está la actual, analfabeta y semibárbara. Y a la larga, cuando el éxito cumplido de la reforma hubiera extirpado com-

pletamente el analfabetismo, tendríamos una población civilizada bilingüe, y los factores de división que en este país son mucho más numerosos que los de coherencia, se encontrarían así poderosamente reforzados. No olvidemos que el entusiasmo por los idiomas primitivos ha provocado en Europa fenómenos políticos desastrosos, cuyo ejemplo vemos en Cataluña, en Flandes y en los pequeños países eslavos que a fuerza de disputar por las fronteras etnográficas han acabado por caer bajo la dominación de una raza extranjera. El idioma nacional del Perú, el que deben saber todos sus hijos, y el que ha de servir para la difusión de la cultura en su vasto territorio, es el castellano. En cambio, a las Universidades corresponde estudiar amorosamente las lenguas indígenas, vinculadas a una etapa gloriosísima de nuestra historia, y cuyo conocimiento es en la actualidad indispensable para comunicarse con millones de peruanos que ignoran todavía el español.

En cuanto a la reforma de la enseñanza media, sólo sabemos que dará mucha importancia a la instrucción experimental en contraste con el sistema teórico y memorista que hoy impera. La verdad es que actualmente la enseñanza secundaria puede calificarse sin exageración de abominable, tanto por la mala composición de los programas, cuanto por la deficiencia del profesorado y la falta de laboratorios, bibliotecas y equipo experimental. Así se explica que llegue anualmente a las puertas de la Universidad un número crecido de aspirantes pésimamente preparados para los estudios superiores, una parte de los cuales pasa milagrosamente el obstáculo de los exámenes de ingreso, y el resto, mal adiestrado también para la vida práctica, se refugia en la burocracia o la política.

El problema de la instrucción media es quizá el más difícil de todos. Si se le resuelve con acierto se habrá encontrado el medio de preparar para el servicio del país una verdadera *élite*. Pero eso sólo será posible si se fija con exactitud el punto en que deben separarse la instrucción técnica y la enseñanza humanística, y si los colegios ofrecen una sólida base a ambos géneros de estudios. Un país como el Perú, donde la Naturaleza opone al hombre obstáculos formidables al mismo tiempo que le promete sus riquezas magníficas, necesita urgentemente técnicos y sabios. Es, pues, indispensable que la reforma en proyecto dé un verdadero impulso a la instrucción científica, y que la ciencia nacional se emplee a fondo en el co-

nocimiento del Perú. "España está aún por descubrir", decía Unamuno en 1895. Lo mismo, pero con razón muchísimo mayor, se puede afirmar de este país: la flora, la fauna, la mineralogía, las razas humanas que viven en suelo peruano, la historia, la economía, la vida social en nuestra patria, son otros tantos temas aun no agotados que se ofrecen a la curiosidad del estudioso. La ciencia debe ayudarnos a descubrir el Perú, y entonces éste ocupará el sitio que le corresponde. Recuérdese que el origen de la potencia industrial y política de Alemania en la última centuria se encuentra en el extraordinario florecimiento científico que tuvo lugar en dicho país desde la primera mitad del siglo XIX.

Pero cometeríamos un error gravísimo y de consecuencias funestas si nos entregáramos a la adoración idolátrica de la Técnica, y lleváramos nuestro gusto por la vida práctica al extremo de preocuparnos solamente de la ciencia aplicada, desdeñando la ciencia pura y la investigación desinteresada. Aquí conviene una nueva prevención contra el menguado "practicismo" que desde hace años produce en el Perú tantos estragos. Ha de saberse que sin el apoyo de una cultura superior la Técnica es sólo un instrumento mecánico que se empleará mal y que rápidamente perderá su eficacia. Como dice muy bien Ortega y Gasset, la preocupación superior e inútil por la ciencia pura es la madre de las ciencias aplicadas, que reciben de aquélla su aliento y su vida. "La técnica es consustancialmente ciencia, y la ciencia no existe si no interesa en su pureza y por ella misma, y no puede interesar si las gentes no continúan entusiasmadas con los principios generales de la cultura. Se vive *con* la técnica, pero no *de* la técnica. Esta no se nutre ni respira a sí misma, no es *causa sui*, sino precipitado útil, práctico, de preocupaciones superfluas, imprácticas".

La reforma de la enseñanza media y superior debe pues cuidar, tanto de que la juventud halle estímulo y facilidades en el camino de la investigación científica, cuanto de provocar un refloramiento de los estudios humanísticos, abandonados por completo durante los largos años de ignaro materialismo que tanto han desmedrado la cultura patria. Quienes suprimieron la enseñanza del latín no consiguieron otra cosa que rebajar más aún el nivel, ya bastante bajo de nuestra clase directora; y desde entonces se ha visto en número mucho mayor que antes abogados practicones e ignorantes del

Derecho, políticos y diplomáticos que no saben expresarse ni escribir con corrección, y personalidades que desconocen el idioma y el modo de emplearlo con decoro.

Cuando el ilustre León Berard, ministro de Instrucción en un gabinete Poincaré, restableció en los liceos franceses la enseñanza obligatoria del latín desde los primeros grados, y del griego en la última etapa del bachillerato, tuvo que resistir en la Cámara los embates de ese partido radical-socialista que acaba de llevar a Francia a la catástrofe, y que es doctrinariamente opuesto a la enseñanza clásica, por creerla antidemocrática y reaccionaria. Pues bien, Berard llevó al debate documentos en los que las mayores personalidades científicas y los primeros técnicos de Francia —entre ellos el director de la Escuela Politécnica— declaraban la necesidad de restablecer inmediatamente la enseñanza del griego y del latín; no sólo en interés de la alta cultura, sino de la formación intelectual admirable que tales estudios procuran. El director de la Escuela Politécnica declaraba que en los pocos años transcurridos desde la supresión de la enseñanza clásica, se notaban ya sus lamentables frutos, inclusive en el medio científico. Los estudiantes mostraban menos precisión, menos facilidad para la especulación abstracta, menos exactitud en el lenguaje.

Algo que debería convencer de su error a nuestros "practicistas" es el hecho de que los países donde ha alcanzado mayor desarrollo el progreso industrial y donde es más perfecta la técnica, son también los que cultivan con más esmero las Humanidades. La nación *práctica* por excelencia, Inglaterra, es quizá la más fiel a la tradición humanística; y en pocas Universidades los estudios clásicos son tan rigurosos y profundos como en Oxford y Cambridge, de donde salió en el curso del último siglo la clase gobernante forjadora del imperio más grande del mundo. Algo parecido sucede en los Estados Unidos, y mas aún en Francia, en Italia, en Alemania. Recuerdo la envidia que sentí al ver cierto día cómo, en un curso de seminario, los alumnos de Nicolai Hartmann estudiaban a Platon en el texto griego.

Esperemos que al prepararse la transformación radical de nuestro sistema de enseñanza, se haga algo verdaderamente eficaz para dotar al país de una auténtica cultura universitaria. Pero recordemos que ella es inconcebible sin las Letras Humanas.